

COMENTARIO

por Dánae Fiore (*)

En su trabajo acerca de la agregación de grupos cazadores-recolectores, Gabriela Guraieb realiza un análisis crítico y original de la trayectoria conceptual de este tema, y evalúa los criterios metodológicos e indicadores arqueológicos relevantes para el estudio de esta problemática en el caso de Cerro de los Indios 1 y sitios aledaños (cuenca Posadas-Pueyrredón, Santa Cruz). De esta manera, la autora genera dos estimulantes núcleos de discusión para el tema: uno de orden principalmente teórico, y otro de índole metodológica y fáctica.

A mi entender, el primero refleja, a su vez, un estado de la cuestión teórica que resulta de gran importancia para discutir no solamente el tema de la fusión y fisión de grupos cazadores-recolectores, sino también otros aspectos de las dinámicas de vida de estas sociedades. Como bien indica Guráieb, las condiciones necesarias que pueden causar la formación de un sistema de agregación-dispersión pueden estar dadas por condicionantes ambientales que afecten a un grupo humano, o por condicionantes generados por dicho grupo u otros agentes humanos. Se infiere del texto, además, que en algunos casos ambas formas de condicionantes pueden darse simultáneamente. La autora señala también que, incluso frente a cambios de orden ambiental que generen cambios de estrategias, “la dirección de este cambio estará dada por el estado organizacional del sistema así como por su historia”. En mi opinión, este punto resulta de particular relevancia ya que la clara y necesaria distinción entre cambios/condicionantes ambientales y sociales podría llevar a considerarlos como opuestos antagónicos y excluyentes, cuando no lo son necesariamente. Esto se debe al hecho de que en el caso de darse cambios ambientales, las respuestas a éstos serán básicamente gestadas por el grupo social, en términos de la producción, disponibilidad y manejo de bienes materiales y de información que dicho grupo haya desarrollado hasta el momento y que pueda desplegar al entrar en conflicto con dichos cambios. También por supuesto puede darse el caso contrario, en el que las acciones de un grupo humano (por ejemplo la sobreexplotación de un recurso natural) generen un cambio ambiental, y que posteriormente dicho cambio impacte a su vez sobre éste y/u otros grupos humanos. De esta manera, si bien es fundamental lograr identificar los factores ambientales o sociales causantes de un sistema de agregación determinado, es también importante intentar analizar su retroalimentación dialéctica, para lograr una aproximación cabal a la dinámica implicada por dichos factores.

Ahora bien, dentro de los condicionantes humanos que pueden originar un sistema de agregación, Guráieb distingue básicamente entre aquellos de orden económico, vinculados principalmente con condiciones ecológicas, y aquellos de tipo social y ritual, relacionados con ceremonias de iniciación, concertaciones de matrimonios, procesos de curación, etc. No obstante, la autora aclara oportunamente que las posturas que abogan por la preeminencia de uno u otro

(*) CONICET – AIA. Rivadavia 1379 11 “F”. C.P. (1033). Buenos Aires. Argentina. danae_fiore@yahoo.es

condicionante “no deberían ser excluyentes”, ya que “Lo económico, lo social y lo ritual conforman parte de la trama de organización de cualquier grupo humano”. De esta manera, la estrategia de agregación puede responder a uno u otro condicionante, según sea el caso.

Sin embargo, la autora sostiene que la preeminencia dada por muchos autores a la subsistencia (y criticada por otros) se explica en parte por “el mayor desarrollo teórico y metodológico para la evaluación de conductas que dejan un reflejo material claro, que aquel que incluye la consideración de los componentes simbólicos y cognitivos de la organización de un grupo”. Esta afirmación, compartida por una gran cantidad de arqueólogos, merece, en mi opinión, una reconsideración a la luz de la evaluación de qué se entiende por ‘económico’, ‘simbólico’ y ‘cognitivo’. Dicha reflexión, a la que contribuyen autores de diversas tendencias teóricas (véase por ejemplo Binford 1962, Alvarez y Fiore 1993, Nielsen 1995, cf. Schiffer 1995), no discute meramente una cuestión semántica sino que tiene implicaciones concretas para el análisis arqueológico. La afirmación acerca de que los componentes simbólicos y cognitivos dejan indicadores arqueológicos menos visibles y más ambiguos que aquellos componentes económicos de un grupo social se basa en una premisa, generalmente implícita, que relaciona de manera estrecha y unívoca determinadas actividades con ciertos aspectos de una sociedad. De tal manera, habitualmente se asocia la economía de una sociedad con la subsistencia y la tecnología, mientras que se vincula a los aspectos simbólicos y cognitivos con creaciones tales como ritos, ceremonias, mitos y manifestaciones artísticas. Sin embargo, el desarrollo de la subsistencia y la tecnología de un grupo humano depende no solamente de la disponibilidad de recursos y prácticas concretas, sino también de los conocimientos que éste genere acerca de las vías de explotación de dichos recursos y de desarrollo de dichas prácticas (Pelegrin et al. 1988, Shennan 1996, Banford y Bleed 1997).

Consecuentemente, la subsistencia y la tecnología no están solamente vinculadas con la economía, sino también con la cognición. El estudio de las estrategias de caza o de los procesos de producción de artefactos líticos que pueden haber llevado a la agregación de grupos puede implicar entonces el análisis de variables económicas (por ejemplo maximización de la explotación de un recurso escaso) y cognitivas (por ejemplo conocimientos acerca de las propiedades mecánicas de recursos líticos, que llevaron a su selección preferencial). Inversamente, otras situaciones, tales como los rituales de iniciación que podrían haber impulsado la agregación de grupos, pueden ser analizadas a partir de variables cognitivas y simbólicas (por ejemplo la selección de un espacio de acuerdo a características topográficas de acceso, ingreso, visibilidad, etc., y los conocimientos para realizar imágenes rupestres en soportes rocosos de dicho espacio - pese a que desconozcamos su significado), así como de variables económicas (por ejemplo la inversión de energía y recursos requeridos para mantener al grupo durante el transcurso de la ceremonia y para producir el arte rupestre).

Por otra parte, inclusive dentro de una misma actividad existen aspectos económicos de mayor visibilidad, tales como la inversión de trabajo en la producción de artefactos líticos, mientras que otros aspectos, tales como la división del trabajo o las posibles reglas de propiedad, son de baja visibilidad en el registro arqueológico de sociedades cazadoras-recolectoras. Coincido entonces con Guráieb en señalar que no todas las actividades de un grupo tienen la misma visibilidad arqueológica, pero esto no implica que los distintos aspectos económicos, cognitivos, etc. que las caracterizan tengan inherentemente una alta o baja visibilidad.

Con respecto al segundo núcleo de este trabajo, centrado en el caso de Cerro de los Indios 1 (CII), la autora analiza de manera sistemática una serie de variables relevantes para evaluar la posibilidad de que tal sitio haya funcionado como espacio de agregación. La localización y tamaño del sitio y sus ocupaciones reiteradas (redundantes) con marcada estructuración del espacio intra-sitio, figura entre uno de los criterios más importantes. Al respecto, Guráieb señala oportunamente que por el tamaño y características topográficas de CII, este no habría sido ocupado por un grupo de gran tamaño, posiblemente una “familia extensa” (aunque la identificación específica de dicha organización social en términos arqueológicos resulta difícil).

Al respecto de la redundancia ocupacional, es interesante señalar que si bien dicha característica conforma una expectativa relevante para la identificación de sitios de agregación, que compartimos la mayoría de los arqueólogos, existen casos de sitios de agregación, tales como los generados por la celebración de la ceremonia de iniciación *hain* por los Selk'nam (por lo menos en la época de contacto con Europeos), que intencionalmente eran ocupados solamente por una única vez, ya que eran luego abandonados y su reocupación era “tabú” (Gusinde 1982) debido a razones mitológicas y prácticas. Dicha ausencia de reocupación posiblemente no fuera absoluta, ya que de no perdurar restos de ocupación visibles, estaría condicionada por el recuerdo de la localización de previos sitios de celebración del *hain*, la cual posiblemente se perdiera luego de un par de generaciones. Sin embargo, aunque esto ciertamente no se aplica al caso analizado (por Guráieb, resultaría quizá importante para algunos casos incluir la expectativa de que un sitio de agregación no haya sido ocupado reiteradamente, sino intensamente, pero por una única vez, en cuyo caso su identificación se basaría en el análisis del resto de las variables relevantes.

Por otra parte, la autora plantea posibles vínculos con sitios de la cuenca Posadas-Pueyrredón, evaluando sus características, correlaciones cronológicas, e información paleoambiental. De esta manera, señala con cautela la necesidad de verificar la relación de CII con los sitios coetáneos de menor tamaño y de analizar la función específica de éstos, mientras que indica de manera convincente la aptitud de la cuenca para la ocupación humana durante condiciones ambientales adversas acaecidas en el área desde aproximadamente el 2500 AP. En este sentido coincide también su análisis de la diversidad de materiales arqueológicos de CII, en especial el material lítico: los artefactos líticos de capas inferiores provienen de largas distancias, mientras que los de las superiores son mayormente realizados con materias primas locales, lo cual es vinculado por Guráieb con el recorte de circuitos de movilidad y una mayor duración de las ocupaciones. También indica que la baja variación diacrónica de la composición de estos conjuntos permite sugerir que en el sitio se llevaron a cabo actividades similares a lo largo del tiempo – una corroboración independiente de este interesante punto podría realizarse desarrollando el estudio funcional de las piezas mediante microscopía.

Finalmente, al respecto del arte rupestre del sitio, la autora menciona la diversidad de motivos producidos, tales como camélidos, otros animales, negativos de manos, manchas de pintura en áreas del soporte de difícil acceso (“pelotazos”) y un “laberinto” de líneas concéntricas. La consideración de los motivos de camélidos, manos, etc. como indicadores de agregación dependería principalmente de su variedad, frecuencia, y vínculo con representaciones de otros sitios del área, que indicaran que la variedad de tipos no depende del tamaño de la muestra sino de una acumulación intencional de distintos motivos identificables en otros sitios. Pero más allá de este esquema presentado inicialmente por Conkey (1980), quizá la presencia de “elementos únicos y distintivos dentro de la región” señalada por Guráieb, tales como los “pelotazos” y el “laberinto” circular, quizá puedan considerarse como a) imágenes poco frecuentes (emblemáticas?) restringidas a espacios particulares y/o relativas a actividades especiales b) imágenes cuyos similares se encuentren fuera del área bajo estudio, lo cual respondería a una escala macro-regional y plantearía una dinámica espacial distinta, al menos en lo relativo a la producción de imágenes. Las observaciones de la autora acerca de estos motivos excepcionales sugieren que el arte estaría aportando indicadores de interés para el análisis de este sitio en función de la temática planteada.

Tal como Guráieb señala, existen entonces una serie de aspectos cuyo análisis deberá ser continuado con el objeto de profundizar la comprensión del complejo funcionamiento de CII en la cuenca de los lagos Posadas-Pueyrredón como sitio de agregación. Trabajos de este tenor contribuyen sin duda a construir un rico camino analítico respecto de las dinámicas de los modos de vida de poblaciones patagónicas en el pasado.

Buenos Aires, 5 de Junio de 2002

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez, M. y D. Fiore

1993. La arqueología como ciencia social: apuntes para un enfoque teórico - epistemológico. *Boletín de Antropología Americana*. 27. 21-38.

Banford, D. y P. Bleed

1997. Technology, flake stone technology, and risk. *Rediscovering Darwin: evolutionary theory in archaeology*. C.M. Barton y G.A. Clark (eds). *Archaeological papers of the American Anthropological Association*. 7: 109-140. American Anthropological Association. Washington.

Binford, L.

1962. Archaeology as Anthropology. *American Antiquity*. 28. 217-225.

Gusinde, M.

1982. *Los indios de Tierra del Fuego. (Los Selk'nam)*. 1. (1 & 2). Buenos Aires: CAEA.

Nielsen, A.

1995. Architectural performance and the reproduction of social power. in J. Skibo, W. Walker and A. Nielsen (eds.) *Expanding archaeology*. 47-66. Salt Lake City: University of Utah Press.

Pelegrin, J., P. Bodu y C. Karlin

1988. "Chaines operatoires": un outil pour le préhistorien. *Technologie préhistorique. Notes et Monographies Techniques*. 25. 55-62.

Schiffer, M.

1995. Social theory and history in behavioural archaeology. *Expanding archaeology*. Salt Lake City: University of Utah Press. Salt Lake City: University of Utah Press.

Shennan, S.

1996. Social inequality and the transmission of cultural traditions in forager societies. in J. Steele and S. Shennan (eds). *The archaeology of human ancestry: power, sex and tradition*. 365-379. London: Routledge.